

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón á piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va á ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.

Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

— «Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
>arruinará la casa,
>y sembrará de sal el pobre campo
>que mi padre trabaja...
>Idos. El cielo os colme de venturas...
>*¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!*»

Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros.
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.